

XLI Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2025

CHARLAS FERROVIARIAS

ALFONSO BENGOCHEA MIRAVALLES

PREMIO

El 18 de Julio de 2025,  
el jurado del Concurso de Cuentos  
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,  
compuesto por Alfonso Goizueta, Antonio Parra  
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando  
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María  
López Ballesta, otorgaron el Premio de la cuadragésimo  
primera edición al cuento titulado *Charlas ferroviarias*,  
de Alfonso Bengoechea Miravalles.

**Alfonso Bengoechea Miravalles** (Pamplona,  
1946). Es autor de colecciones de cuentos como *"El club de la pluma de ganso"*, *"Historias del tío Picalindres"*, *"El gato de Ofelia Uribe"* o *"Historias navideñas que nadie se atrevió a contarte"*.

Posteriormente, autoeditados bajo el sello propio aparecieron sucesivamente, libros de relatos como, *"Historias de Dragomiro"* *"Buenos propósitos"* o novelas como *"Una buena chica"*, *"Verdadera historia de la máquina del tiempo"*, *"La corbata colombiana"* (2018) y *"Gálvez busca empleo"* (2021).

En versión bilingüe castellano-portugués, publicó en 2017 en Portugal *"Um pescador de polvos e outros casos"* con relatos ambientados en Portugal y en 2019 ha publicado igualmente en versión bilingüe, la novela corta *"Alfama Blues"*.

Además del Premio de Cuentos Villa de Mazarrón – Antonio Segado del Olmo de 2025, ha recibido el Premio Ciudad de Colindres 2023 de Narrativa Breve, el Kultur Leioa de 2023 y el Primer premio del concurso 2023 de relato breve de la asociación Al-Andalus de Burgos. Ha resultado también finalista en el XI Concurso literario El Laurel (Barcelona) y en la gala de Premios literarios Art de Troya (Aranda de Duero) y en el XXXI Certamen de cuento de Humor Jara Carrillo de 2024 de Alcantarilla.

## CHARLAS FERROVIARIAS

Al llegar el fin de semana, los trenes que suben hacia el norte son hervores de gente agitada, diminutos universos sobre ruedas, donde todo es posible. Una mujer entrada en años y la joven a quien acompaña con aire protector han subido en el último rápido de la tarde. Es allí donde descubren que la suerte les ha reservado dos asientos del departamento donde cuatro caballeros interrumpen su conversación para examinarlas con discreción.

El hombre más joven de todos luce un bigotillo a la moda. Tiene ese aire inconfundible del infatigable representante comercial. Viste con esa elegancia y viaja erguido en su asiento, marcando con un involuntario contoneo de cintura, el ritmo de la marcha del convoy. Tras un instante de vacilación, nadie mejor que él, para retomar la conversación interrumpida.

-Explicaba a estos caballeros, minutos antes de asistir a su llegada -- explica a las dos mujeres tras los saludos de rigor-, que nada como un viaje en tren para entablar amistades prometedoras y estaba a punto de darme a conocer formalmente. Me llamo Angelino Rius y represento en exclusiva para la zona norte a la prestigiosa Casa Rius de Badalona, la firma que distribuye la mejor cosmética femenina de toda Europa.

El joven recita de carrerilla su presentación sin apartar la mirada de las dos mujeres. Como vendedor itinerante tiene un discurso propio bien medido, una cancioncilla comercial pulida a fuerza de ensayos nocturnos ante los espejos de baño de las fondas de estación de su ruta.

- Ustedes los catalanes son incansables -interviene un pasajero elegante que se sienta frente a él-. Lo mismo venden cava que polvos de arroz para los mofletes femeninos ... Si me permite la licencia histórica, son ustedes la pura reencarnación de los fenicios.

Las dos mujeres desvían ahora su atención hacia el interruptor. Es un hombre en tomo a los cincuenta, de aspecto pulcro que viste como un dandy inglés, un tweed cuidado algo pasado de moda, chaleco cruzado, leontina plateada, corbata de lazo y se sienta envarado en su asiento.

El joven vendedor de cosméticos ignora el dardo sin darse por molestado.

- ... además de un sinfín de preparados para la belleza femenina, polvos para las mejillas, cremas, pintalabios de ensueño, lápices de ojos --enumera él-, este año hemos hecho un hueco en nuestro catálogo para una novedad espectacular: el tinte "Angelino" para vello íntimo.

Los viajeros enmudecen de asombro y el vendedor de cosméticos se deleita con el efecto logrado. Sabe bien que un toque de sorpresa, el traqueteo del tren y un auditorio cautivo en sus asientos, forman la combinación perfecta para promocionar productos demasiado novedosos.

El hombre elegante, erguido a despecho de las curvas y el ruido del vagón, pierde un poco de su aplomo al comprobar que el joven Rius le acaba de robar el interés de las damas.

-Me llamo Ulises Torres -intenta retomar decidido la atención general-, y a pesar de haber rodado mucho a través de tantos países y haber conocido un sinfín de gentes, nunca pensé que un día encontraría a alguien que se ganara la vida vendiendo tinte para el vello íntimo.

Atraídas como por un imán, las miradas de todos convergen de nuevo en el joven Rius.

-Todo llega, ha llegado esa hora señor Torres -afirma el joven Rius-. Y, puedo asegurarle, que me gano la vida holgadamente. Aunque, claro, a costa de trabajar duro.

Las dos mujeres han observado silenciosas a los hombres, sin prestar demasiada atención al tema de debate, por mucho que se trate de cosméticos femeninos atrevidos.

-¡Jesús! ¡Tinte para el vello íntimo! --exclama la más joven-. ¡Qué locura de vida!

Es una mujer joven, en el último tramo de los treinta. Mucho para una señorita en estos tiempos. Viste un organdí veraniego pálido con muchos lavados encima, que parece estrenado mucho tiempo atrás y se toca de un sombrerito de fieltro con flores, patéticamente secas. Su acompañante, entrada ya en años, casi una anciana, viste un luto largo y desvaído. Escruta con más atención que la joven, sin dejar de mirarla de vez en cuando. A veces, sacude una brizna de la blusa de la chica, le compone solícita los pliegues del vestido, acerca un pañuelito para que

repare los estragos del sudor en el maquillaje o desliza en secreto algún comentario rápido en su oído.

-Por favor Rosa Femanda ... -regaña a la joven con un melindre a media voz.

-Coincido con la señorita -dice el elegante Torres con una leve inclinación-. Soy abogado y a pesar de mi frenética vida social, tampoco conocía estas modas tan frívolas.

Frente a las dos mujeres, junto al dandy, un hombre atildado de moderno, pero con el terno extrañamente arrugado como quien sale vestido de la cama, se humedece los labios, esperando impaciente el momento de tomar la palabra. Tras observar a los pasajeros y aliviarse la presión del cuello de la camisa una vez más, traga saliva y emprende resuelto su presentación.

-Me presentaré. Me llamo Amadeo Balaguer - anuncia-, y envidio lo apasionante de sus vidas. Yo consumo la mía en el mundo de los negocios modernos. Compró y vendo acciones, financio negocios, busco inversiones ... Una vida que solo tiene de apasionante las buenas comisiones. Se gana un buen dinero a costa de no descansar.

-Ajá. Un gestor personal de patrimonios ... -aventura Torres, el abogado elegante.

-¡Oh, no! Un simple intermediario financiero ... - resta importancia el aludido-. Trabajo por libre, odio la rutina. Busco gente deseosa de labrarse un capital... Si alguna vez -aclara dirigiendo la vista a las mujeres-, deciden sacar a sus ahorrillos un discreto rendimiento y salvarlos de las garras de la inflación, no dejen de llamarme. Y, entrega a la joven una diminuta tarjeta de visita donde, como únicos datos, aparece su nombre y un número de teléfono.

En el extremo de la bancada, silencioso junto a la ventana, mirando con desgana de vez en cuando al resto de viajeros, dormita un joven fornido que luce una blusa larga y una vieja boina ladeada. Sentado silente frente a la anciana, prefiere contemplar el paisaje que corre despacio al otro lado de las ventanillas. La anciana le observa poco mientras, por el contrario, no aparta los ojos de los otros tres viajeros.

El elegante Ulises Torres exhala un suspiro muy medido, muy de gente distinguida.

-Todas las profesiones honestas merecen respeto -acepta-. No seré yo quien objete nada a los hábitos ajenos estrictamente privados, pero que exista a la venta siquiera un tinte para el vello íntimo me parece algo ridículo. Donde esté un buen depilado ... --opina redondeando la broma con una tosecita para hacerse perdonar el pequeño descaro.

- Permítame discrepar - ataja por alusiones el joven Rius-. No tiene nada de ridículo. Es la eterna tiranía de la moda, porque ahora, solo se depila íntimamente la gente vulgar. Corren aires de espontaneidad. Ha pasado ya el tiempo anacrónico del rasurado integral.

Angelino Ríus pone siempre un especial entusiasmo en lo que dice. Vender cosméticos exóticos en estas tierras tan serias del interior, unas tierras tan poco dadas a frivolidades, requiere una voluntad infatigable y, de vez en cuando, una sonrisa a una dama.

- Como les decía, soy abogado en ejercicio - prosigue Torres que insiste en su cruzada contra el tinte para el vello íntimo--, se bien que la naturaleza humana tiene esas sorpresas insospechadas. Díganmelo si no a mí, que estoy especializado en divorcios y litigios matrimoniales. Ese, sí que es un mundo excitante ...

El maquinista, saluda a algún campesino, con un silbido que se pierde en una curva.

-No niego que la profesión de abogado se trata de una profesión interesante -acepta Angelino Ríus, que en secreto la considera en los antípodas de la suya-. Pero la mía tiene algo de creativo, algo de apasionante, y algo de aventurado como todas las novedades ...

- No lo crea, señor Rius. La de abogado sí que es una vida emocionante - interviene de pronto la joven-. Y o, que he vivido en Londres y París durante varios años, he comprobado que los abogados son siempre, al menos allí, los más brillantes además de los más ricos.

El tren atraviesa un corto túnel y sobreviene un breve silencio lleno de ecos procedentes del exterior. La anciana aprovecha para descansar los ojos y, un minuto más tarde, la claridad del día inunda nuevamente el departamento y al salir a luz abierta, la charla renace.

- ¡Ajá! ¿Decía usted que ha vivido en Londres y París ... ? - retoma la charla

Amadeo Balaguer, el financista que no se resigna a ser relegado al silencio--. Yo conozco bien ambas ciudades. He hecho mucho dinero en ellas moviendo capitales grandes y pequeños ...

- Pero, nada que supere a Barcelona ... -interrumpe Angelino Rius mirando a todos.

- ... Y aquí me tienen - prosigue Balaguer indiferente al elogio a Barcelona, pero mirando fijamente a las mujeres-. Me tienen a su servicio para cualquier tipo de consejo económico ...

- Fueron tres años, pero tres años maravillosos --decide la joven explicar su periplo europeo-. Estudié piano y violín. Fueron los años más bonitos de mi vida. Un auténtico torbellino de vida. ¡Ah, qué ciudades! -añora-. ¡Qué sueño de ciudades! Un frenesí.

La anciana se despereza disimulando un bostezo, envía a la joven una mirada imposible de descifrar. Luego, la acerca un pañuelito casi reducido a la nada a fuerza de dobleces y se entrega espúes, con disimulo, a una nueva ronda de ojeadas meticulosas sobre los tres hombres.

Rosa Femanda, deja escapar un frágil suspiro que despierta al mozo de la blusa. El hombretón permanece mudo. Ha examinado de vez en cuando a los otros viajeros por el rabillo del ojo y se distrae ahora observando como el abogado juega a pasarse entre los dedos dos bolitas de marfil.

De pronto, bruscamente, se levanta del asiento y baja con violencia la cortinilla de la ventana por donde han comenzado a entrar diminutas briznas del otoño. Las miradas de todos confluyen sobre sus espaldas. Son las espaldas firmes e inmensas de un labriego, o posiblemente, las de un gañán que vuelve a casa desde alguna feria ganadera de los alrededores.

El elegante abogado se cree en la obligación de interpelar al extraño mozo que no parece interesado en el refinado tema de los cosméticos ni en el apasionante mundo de los negocios.

-¿ Y usted, señor ... ?

El aludido asegura la cortinilla a su enganche y vuelve a sentarse despacio, cuando el convoy entra en un paraje umbrío y unas lucecillas mortecinas

se encienden indecisas en el techo.

-Me llamo Gedeón Narvárez -contesta el aludido-. Y, soy un experto en ganadería.

-¿Quiere decir usted, veterinario?

-No ... -balbucea azorado el aludido-. Solo soy un experto.

La audiencia permanece en silencio, como en trance. Después de conocer en detalle, las trepidantes vidas de los otros viajeros, esta pobre presentación parece saberles a poco.

El abogado elegante se cree en la obligación de brindar a todos la palabra exacta.

-Deduzco que quiere decir un técnico, señor Narvárez .... - afirma y pregunta al tiempo.

Todos se sumen en un nuevo silencio esperando alguna aclaración del misterioso Narvárez.

-Técnico ... no sé - balbucea el mozo--. Trabajo en cosas de la cría del ganado porcino ...

- Bueno, eso también tiene su importancia - interviene Angelino Rius para distender el ambiente-. Un trabajo necesario, si queremos comer un buen filete de vez en cuando.

La broma no tiene el éxito buscado y el abogado experto en divorcios agarra la ocasión por los cabellos, carraspea y retoma la palabra con gestos de tribuno romano.

- Gran familia es, y perdonen que al decir raza me refiera a la porcina - se corrige a sí mismo--, que cuenta entre sus méritos el de haber liberado del hambre a países enteros.

El ruido de las juntas de los rieles baja de ritmo anunciando que el convoy se acerca a una estación con rango de parada importante. Al salir de un recodo, aparece recortada en la distancia la marquesina de la estación de Torrelavega con su pequeño andén, escrupulosamente barrido.

La disertación sobre la raza porcina se da por terminada nada más

iniciada. Las dos mujeres recogen de la redecilla su ligero equipaje, una sombrerera y una diminuta maleta en tela verde, y se preparan para abandonar el tren. Los caballeros se ponen en pie con ese pequeño revuelo que suscita el protocolo en las despedidas precipitadas.

- A sus pies .señoras. Espero verlas otro día.

-Ha sido un placer señor Torres ... --corresponde la joven.

- Llámeme Ulises por favor, Rosa Fernanda. Volveré de Santander el lunes por la tarde en este mismo tren. Estaría encantado de encontrarlas otra vez.

- Encantado de conocerlas, señoras - se despide cortés el joven Ríus- . Por haberlos olvidado en un trasbordo, no dispongo de catálogos, pero aquí les anoto mi número de teléfono.

Viajo todas las semanas en esta misma línea y me alegraría volver a saludarlas.

-Muy agradecidas -responde Rosa Fernanda.

- Por cierto, si se deciden por el "*Tinte íntimo Angelino*" no tienen más que llamarme - dice señalando el apunte- , y me pondré en contacto con ustedes para facilitarles, además de catálogos, algunas muestras gratuitas con las que podrán comprobar su eficacia.

- Ha sido un placer -se despide Amadeo Balaguer- . No dejen de llamarme si desean una buena inversión o simplemente necesitan guardar sus ahorrillos a salvo de los ratones.

- ¡A más ver, señoras! -se despide también Narváez sin ceremonias que saluda levantando la mano a media altura, para volverla a posar con rapidez sobre el bolsillo de la blusa, cuyo contenido ha estado protegiendo celosamente durante todo el viaje.

Por primera vez en el viaje, Narváez dedica una sonrisa ambigua a las dos mujeres. La anciana corresponde con una mirada que encierra algo de complicidad y la joven, que duda cómo corresponder, contempla a ambos con un gesto de infinita perplejidad.

Tras los últimos saludos, las dos mujeres abandonan el vagón y, una vez puesto el pie en el andén, se encaminan a pasitos cortos hacia el edificio de la estación.

- Unos caballeros encantadores, ¿no mamá? --dice la joven mientras el convoy se aleja.

- ¿Encantadores? No sé yo ...

- Quiero decir que han sido muy atentos.

- Desde luego. Cada uno de ellos se preparaba para engañarnos.

- ¿Engañamos? Pero si se desvivían por atendernos ... Un comerciante de productos de belleza, un abogado, un financiero ...

La mujeruca dedica a la joven una mirada compasiva, suspira y aprieta el paso.

- El abogado es un verdadero triunfador - insiste la joven-, el vendedor de cosméticos un encanto, el experto financiero tiene el aspecto de ser un hombre próspero ...

- De caballeros nada, hija. El abogado no era abogado, era un carterista. No había más que ver sus dedos afilados, las uñas romas bien cortadas y sobre todo como frotaba sin cesar las yemas de los dedos en las bolitas de marfil. Estaba entrenando.

- ¿De verdad crees, *mami* ... ?

- El hombre de negocios no es sino un estafador del montón. A estas horas, el carterista tratará de limpiar al de la blusa lo que guarda con tanto cuidado en el bolsillo derecho y el estafador intentará desplumar a todos con su cuento de inversiones mágicas.

- Pero, ¿y el vendedor de cosméticos, *mami*? Parecía un chico trabajador...

- Ese infeliz es solo un mercachifle de afeites falsos que no saca para comer. Se nota en los puños de la camisa y en el cuello gastado. No le espera un gran futuro. Hoy nadie gasta dinero en teñirse algo que, si sobra, basta con cortar por lo sano.

-Y ¿el chico de la blusa, *mami*? -pregunta desolada la joven.

-Solo Gedeón Narváez es lo que aparenta, pero una madre no viaja tanto, para casar a su hija con un gañán dedicado a vender lechones por las ferias. Y no me llames *mami*, que suena horriblemente cursi.

- ¡Por Dios mamá! ¿Es necesario ser tan ordinaria?

-Deja de escandalizarte y hacer teatro, que ahora no nos oye nadie. Demasiado amables. Ninguno de ellos ha ofrecido sus servicios al resto. Solo nos los brindaron a nosotras. Nosotras éramos las víctimas perfectas.

- ¿Víctimas, mamá? Me asustas.

-Nunca aprenderás, hija. En realidad, no acabamos de ver nada que no hayamos visto con pocas variantes en los ocho largos días que llevamos de aquí para allá. Se ve que, si viajas un poco, solo encuentras que la vida se repite en cualquier sitio todos los días.

-Entonces ... -susurra desalentada la joven-. ¿Crees que no eran lo que parecían?

-En esta vida, hija, casi nadie es lo que parece. Ni siquiera nosotras.

- ¡Qué cosas tienes, mamá! ¿Ni siquiera nosotras?

-Nosotras, menos que nadie, hija. Mañana cogeremos otro tren hasta Reinoso, y si en dos viajes más no te encuentro un partido aceptable, dejaremos esto de viajar y no tendrás más remedio que volver al servicio doméstico. Quizás estemos a tiempo de volver a la casa de aquel notario de Santander donde, al menos, tenías un catre para dormir en el cuarto de la plancha.

